

SIGMUND FREUD

CONFRONTA LA ESFINGE

G. S. Viereck- S. Freud: Una entrevista con Freud en 1926

Traducción: Luis Barbieri

Corrección: Carolina Hirmbruchner y Alejandro Grossi.

Edición: Said Martínez Grecco.

Traducción de estricta circulación interna

SIGMUND FREUD ha desempeñado un papel tan importante en la vida intelectual del mundo que, al igual que Bernard Shaw, ha dejado casi de ser una persona. Es una fuerza cultural a la que podemos asignar un lugar histórico definitivo en la evolución de la civilización.

«He sido comparado con Colón, Darwin, Kepler, y he sido denunciado como paralítico», comenta el propio Freud en un estudio de la historia del psicoanálisis. Hay quienes, aún hoy, lo ven como un aventurero científico. El futuro lo aclamará como el Colón del inconsciente.

Colón, que buscaba meramente un nuevo paso a Cathay, descubrió un continente. Freud, que intentaba encontrar un nuevo método de terapia mental, descubrió el continente sumergido de la mente del hombre.

Freud nos trae a casa las fuerzas específicas dentro de nosotros mismos que nos atan a nuestro propio pasado infantil y al pasado de la raza. A la luz del psicoanálisis podemos comprender por primera vez el enigma de la naturaleza humana.

He tenido el privilegio de ser invitado por Freud en varias ocasiones. En cada oportunidad me reveló nuevos destellos de su fascinante personalidad.

G.S.V.-1927.

«Setenta años me han enseñado a aceptar la vida con alegre humildad.»

Quien lo dice es el profesor Sigmund Freud, el gran explorador austríaco del mundo inferior del alma. Al igual que el trágico héroe griego, Edipo, cuyo nombre está tan íntimamente conectado con los principales postulados del psicoanálisis, Freud confrontó audazmente a la

Esfinge.

Como Edipo, resolvió el acertijo de ésta. Por lo menos ningún mortal se ha acercado más a explicar el secreto de la conducta humana que Freud.

Freud es para la psicología lo que Galileo fue para la astronomía. Él es el Colón del subconsciente. Abre nuevas perspectivas, sondea nuevas profundidades. Cambió la relación de todo en la vida al descifrar el significado oculto de los registros inscritos en las tablas del inconsciente.

La escena donde tuvo lugar nuestra conversación fue la casa de verano de Freud en el Semmering, una montaña en los Alpes austriacos, donde a la Viena elegante le encanta reunirse.

Había visto por última vez al padre del psicoanálisis en su casa nada pretenciosa de la capital austríaca. Los pocos años transcurridos entre mi última visita y el presente multiplicaron las arrugas de su frente. Intensificaron su palidez escolástica. Su rostro estaba dibujado, como doliente. Su mente estaba alerta, su espíritu intacto, su cortesía impecable como antaño, pero un ligero impedimento en su habla me alarmó.

Parece que una afección maligna en la mandíbula superior había requerido una operación. Desde entonces, Freud usa un dispositivo mecánico para facilitar el habla. En sí mismo esto no es peor que el uso de gafas. La presencia del aparato metálico avergüenza a Freud más que a sus visitantes. Apenas se nota después de hablar con él un rato. En sus días buenos, no se puede detectar en absoluto. Pero para Freud es causa de constante molestia.

«Detesto mi mandíbula mecánica, porque la lucha con el mecanismo consume tanta fuerza preciosa. Sin embargo, prefiero una mandíbula mecánica que ninguna. Aún así prefiero la existencia a la extinción.»

«Quizás los dioses son amables con nosotros», continuó el padre del psicoanálisis, «haciendo la vida más desagradable a medida que envejecemos. Al final, la muerte parece menos intolerable que las múltiples cargas que llevamos.»

Freud se niega a admitir que el destino le reserve alguna particular malicia.

«¿Por qué», dijo en voz baja, «debería esperar algún favor especial? La edad, con sus manifestaciones e incomodidades, llega a todos. Golpea a un hombre aquí y a otro allá. Su ataque siempre acierta en un punto vital. La victoria final siempre pertenece al Gusano Conquistador.

¡Apagadas, apagadas están las luces, apagadas todas!
y sobre toda forma temblorosa,
el telón, una mortaja fúnebre,

baja con la precipitación de una tormenta
mientras los ángeles, pálidos todos y lívidos,
se levantan, de sus velos se despojan y dicen
que la comedia es la tragedia “El hombre”
y su protagonista el gusano conquistador.

«No me rebelo contra el orden universal. Después de todo», continuó el maestro explorador del cerebro humano, «he vivido más de setenta años. Tuve lo suficiente para comer. Disfruté de muchas cosas: la compañía de mi esposa, mis hijos, los atardeceres. Vi crecer las plantas en primavera. De vez en cuando estreché una mano amiga. Una o dos veces conocí a un ser humano que casi me entendió. ¿Qué más puedo pedir?»

«Ha tenido», dije yo, «fama. Su obra afecta a la literatura de todas las tierras. El hombre mira la vida y a sí mismo con ojos diferentes gracias a usted. Y recientemente en su septuagésimo cumpleaños el mundo se unió para honrarlo, ¡con la excepción de su propia universidad!»

«Si la Universidad de Viena me hubiera reconocido, sólo me habrían avergonzado. No hay ninguna razón por la que deberían aceptarme a mí o a mi doctrina porque tengo setenta años. No le doy una importancia poco razonable a los decimales.

«La fama nos llega sólo después de que estamos muertos, y, francamente, lo que viene después no me concierne. No tengo aspiración a la gloria póstuma. Mi modestia no es ninguna virtud. »

«¿No significa algo para usted que su nombre siga viviendo?»

«Nada en absoluto, incluso si viviera, lo cual no es para nada seguro. Estoy mucho más interesado en la suerte de mis hijos. Espero que sus vidas no sean muy difíciles. No puedo hacer sus vidas mucho más fáciles. La guerra prácticamente barrió con mi modesta fortuna, los ahorros de toda una vida. Sin embargo, afortunadamente, la edad no es una carga demasiado pesada. ¡Puedo continuar! Mi trabajo todavía me da placer. »

Íbamos subiendo y bajando un pequeño sendero en el jardín empinado de la casa. Freud acarició tiernamente un arbusto floreciente con sus manos sensibles.

«Estoy mucho más interesado en esta flor», dijo, «que en cualquier cosa que pueda pasarme después de mi muerte.»

«¿Entonces es, después de todo, un profundo pesimista?»

«No lo soy. No permito que ninguna reflexión filosófica estropee mi disfrute de las cosas simples de la vida.»

«¿Cree en la persistencia de la personalidad después de la muerte en cualquier forma que sea?»

«No pienso en la cuestión. Todo lo que vive perece. ¿Por qué yo debería sobrevivir?»

«¿Le gustaría volver en alguna forma, ser restaurado del polvo? ¿No tiene, en otras palabras, ningún deseo de inmortalidad?»

«Francamente, no. Si uno reconoce los motivos egoístas que subyacen a toda conducta humana, no tiene el más mínimo deseo de regresar. La vida, moviéndose en círculo, seguiría siendo la misma.

«Por otra parte, incluso si la recurrencia eterna de las cosas, para usar la frase de Nietzsche, fueran a reinvestirnos con nuestros atuendos carnales, ¿de qué serviría esto sin memoria? No habría ningún vínculo entre el pasado y el futuro.

«En lo que a mí respecta, estoy perfectamente contento de saber que el eterno fastidio de la vida se acabará por fin. Nuestra vida es necesariamente una serie de compromisos, una lucha interminable entre el ego y su entorno. El deseo de prolongar la vida indebidamente me parece absurdo. »

«¿Desaprueba los intentos de su colega Steinach de alargar el ciclo de la existencia humana?»

«Steinach no intenta alargar la vida. Simplemente combate la vejez. Al aprovechar la reserva de fuerza dentro de nuestros propios cuerpos, ayuda al tejido a resistir la enfermedad. La operación de Steinach detiene a veces accidentes biológicos adversos, como el cáncer, en sus etapas tempranas. Hace que la vida sea más vivible. No hace que valga la pena vivir.

«No hay razón por la que deseemos vivir más tiempo. Pero hay muchas razones para querer vivir con la menor cantidad de incomodidad posible.

«¡Soy tolerablemente feliz, porque estoy agradecido por la ausencia de dolor y por los pequeños placeres de la vida, por mis hijos y por mis flores! »

«Bernard Shaw afirma que nuestros años son demasiado pocos. Piensa que el hombre puede alargar la duración de la vida humana, si así lo desea, poniendo en juego su voluntad de poder por sobre las fuerzas de la evolución. La humanidad, piensa él, puede recuperar la longevidad de los patriarcas. »

«Es posible», respondió Freud, «que la muerte en sí no sea una necesidad biológica. Tal vez morimos porque queremos morir.

«Así como el odio y el amor por la misma persona habitan en nuestro seno al mismo tiempo, así toda vida se combina con el deseo de mantenerse a sí misma, un deseo ambivalente para su propia aniquilación.

«Al igual que una banda elástica extendida tiende a asumir su forma original, así toda materia viviente, consciente o inconscientemente, anhela recuperar la inercia completa y absoluta de la existencia inorgánica. El deseo de muerte y el deseo de vida están uno al lado del otro, dentro de nosotros.

«La muerte es la pareja del amor. Juntos gobiernan el mundo. Este es el mensaje de mi libro, *Más allá del principio del placer*.

En el comienzo, el psicoanálisis suponía que el Amor era lo más importante. Ahora sabemos que la Muerte es igualmente importante.

Biológicamente, todo ser vivo, no importa cuán intensamente la vida arda dentro de él, anhela el Nirvana, anhela el cese de 'la fiebre llamada vivir', anhela el seno de Abraham. El deseo puede ser disfrazado por variados rodeos. No obstante, ¡el objeto último de la vida es su propia extinción! »

«Esto», exclamé, «es la filosofía de la autodestrucción. Justifica el auto-sacrificio. Conduciría lógicamente al suicidio mundial previsto por Eduard von Hartmann.»

«La humanidad no elige el suicidio, porque la ley de su ser aborrece el camino directo a su meta. La vida debe completar su ciclo de existencia. En cada ser normal, el deseo de vida es lo suficientemente fuerte como para contrarrestar el deseo de muerte, aunque al final el deseo de muerte resulta más fuerte.

«Podemos considerar la sugerencia fantasiosa de que la muerte viene a nosotros por nuestra propia voluntad. Es posible que pudiéramos vencer a la Muerte, si no fuera por su aliado en nuestro seno.

«En ese sentido,» añadió Freud con una sonrisa, «podemos estar justificados al decir que toda muerte es un suicidio disfrazado.»

Hacía frío en el jardín.

Continuamos nuestra conversación en el estudio.

Vi una pila de manuscritos sobre el escritorio con la clara letra de Freud.

«¿En qué está trabajando?» pregunté.

«Estoy escribiendo una defensa del análisis laico, el psicoanálisis tal como lo practican los legos. Los médicos quieren hacer el análisis ilegal para los no-médicos. La historia, esa vieja plagiadora, se repite después de cada descubrimiento. Los médicos luchan contra cada nueva verdad al principio. Después tratan de monopolizarla.»

«¿Ha tenido mucho apoyo de los legos?»

«Algunos de mis mejores alumnos son legos.»

«¿Atiende mucho? »

«Ciertamente. En este mismo momento, estoy trabajando en un caso difícil, desentrañando los conflictos psíquicos de un nuevo paciente interesante.

«Mi hija, también, es una psicoanalista, como puede ver. . . .»

En este momento, la señorita Anna Freud apareció seguida de su paciente, un muchacho de once años, de facciones inconfundiblemente anglosajonas. El niño parecía perfectamente feliz, completamente ajeno a un conflicto o enredo en su personalidad.

«¿Alguna vez,» le pregunté al profesor Freud, «se analizó a sí mismo?»

«Ciertamente. El psicoanalista debe analizarse constantemente a sí mismo. Al analizarnos a nosotros mismos, estamos más capacitados para analizar a los demás.

«El psicoanalista es como el chivo expiatorio de los hebreos. Otros cargan sus pecados sobre él. Debe ejercer su arte al máximo para liberarse de la carga que se arroja sobre él.»

«Siempre me pareció», señalé, «que el psicoanálisis necesariamente induce en todos los que lo practican el espíritu de la caridad cristiana. No hay nada en la vida humana que el psicoanálisis no pueda hacernos entender. 'Tout comprendre c'est tout pardonner.'-'Comprender todo es perdonar todo.'»

«Por el contrario», tronó Freud, mientras sus rasgos tomaban la feroz severidad de un profeta hebreo. «Comprender todo no es perdonar todo. El psicoanálisis nos enseña no solamente lo que podemos soportar, también nos enseña lo que debemos evitar. Nos dice lo que debe ser exterminado. La tolerancia del mal no es en absoluto un corolario del conocimiento.»

De repente comprendí por qué Freud había discutido tan amargamente con aquellos de sus seguidores que lo habían abandonado, por qué no podía perdonar su alejamiento del recto

camino del psicoanálisis ortodoxo. Su sentido de la rectitud es la herencia de sus antepasados. Es una herencia de la que está orgulloso, como está orgulloso de su raza.

«Mi idioma», me explicó, «es el alemán. Mi cultura, mis logros son alemanes. Me consideraba intelectualmente un alemán, hasta que noté el crecimiento del prejuicio antisemita en Alemania y en la Austria alemana. Desde entonces, ya no me considero un alemán. Prefiero llamarme judío.»

Me decepcionó un poco esta observación.

Me parecía que el espíritu de Freud debía morar en las alturas, más allá de cualquier prejuicio racial, que no debía ser tocado por ningún rencor personal. Sin embargo, su propia indignación, su ira honesta, lo hizo más entrañablemente humano.

¡Aquiles sería intolerable si no fuese por su talón!

«Me alegra,» remarqué, «*Herr Professor*, que usted también tenga sus complejos, que usted también delate su mortalidad.»

«Nuestros complejos», respondió Freud, «son la fuente de nuestra debilidad; a menudo también son la fuente de nuestra fuerza.»

«¿Me pregunto,» remarqué, «cuáles son mis complejos!»

«Un análisis serio», respondió Freud, «toma al menos un año. Puede tomar incluso dos o tres años. Usted está dedicando muchos años de su vida a cazar leones. Ha buscado, año tras año, a las figuras sobresalientes de su generación, invariablemente hombres mayores que usted. Fueron Roosevelt, el Kaiser, Hindenburg, Briand, Foch, Joffre, George Brandes, Gerhart Hauptmann y George Bernard Shaw. . . .»

«Es parte de mi trabajo.»

«Pero también es su preferencia. El gran hombre es un símbolo. Su búsqueda es la búsqueda de su corazón. Busca al gran hombre para tomar el lugar del padre. Es parte de su complejo paterno.»

Negué con vehemencia la afirmación de Freud. Sin embargo, reflexionando, me parece que puede haber una verdad, insospechada por mí, en su sugerencia casual. Puede ser el mismo impulso que me llevó a él.

«En su Judío errante», añadió, «prolonga esta búsqueda en el pasado. Usted es siempre el Buscador de hombres.»

«Ojalá,» comenté después de un rato, «pudiera quedarme aquí el tiempo suficiente para vis-

lumbrar mi propio corazón a través de sus ojos. ¡Tal vez, como la Medusa, moriría de terror si viera mi propia imagen! Sin embargo, me temo que estoy demasiado versado en el psicoanálisis. Constantemente anticiparía, o trataría de anticipar, sus intenciones.»

«La inteligencia en un paciente», respondió Freud, «no es una desventaja. Por el contrario, a veces facilita la tarea de uno.»

En este sentido el maestro del psicoanálisis difiere de muchos de sus adeptos, a quienes molesta cualquier autoafirmación del paciente bajo su tratamiento.

La mayoría de los psicoanalistas emplean el método de Freud de «asociación libre.» Animam al paciente a decir todo lo que le viene a la mente, no importa cuán estúpido, obsceno, inoportuno o irrelevante pueda parecer. Siguiendo pistas aparentemente sin importancia, pueden rastrear hasta su guarida a los dragones psíquicos que lo acosan. No les gusta el deseo del paciente de cooperación activa, porque temen que una vez que la dirección de su investigación se haga clara para él, sus deseos y resistencias, que inconscientemente luchan por preservar sus secretos, puedan despistar al cazador psíquico. También Freud reconoce este peligro.

«A veces me pregunto,» cuestioné, «¿no seríamos más felices si supiéramos menos de los procesos que dan forma a nuestros pensamientos y emociones? El psicoanálisis le roba a la vida sus últimos encantamientos cuando rastrea cada sentimiento hasta su racimo original de complejos. No nos volvemos más felices al descubrir que todos albergamos en nuestros corazones al salvaje, al criminal y a la bestia.»

«¿Cuál es su objeción a las bestias?» respondió Freud. «Prefiero infinitamente la compañía de los animales a la compañía humana.»

«¿Por qué?»

«Porque son mucho más simples. No sufren de una personalidad dividida, de la desintegración del ego, que surge del intento del hombre de adaptarse a patrones de civilización demasiado elevados para su mecanismo intelectual y psíquico.

«El salvaje, como la bestia, es cruel, pero carece de la maldad del hombre civilizado. La maldad es la venganza del hombre sobre la sociedad por las restricciones que impone. Esta venganza anima al reformador profesional y a los entrometidos. El salvaje puede cortarle a usted la cabeza, puede comerlo, puede torturarlo, pero le ahorrará las continuas molestias que hacen a veces casi intolerable la vida en una comunidad civilizada.

«Los hábitos y las idiosincrasias más desagradables del hombre, su falsedad, su cobardía, su falta de reverencia, son engendrados por su ajuste incompleto a una civilización complicada. Es el resultado del conflicto entre nuestros instintos y nuestra cultura.

«¡Cuánto más agradables son las emociones simples, directas e intensas de un perro, moviendo la cola o ladrando su disgusto! Las emociones del perro», añadió pensativamente Freud, «nos recuerdan a los héroes de la antigüedad. Tal vez esa es la razón por la que inconscientemente otorgamos a nuestros caninos los nombres de héroes antiguos como Aquiles y Héctor.»

«Mi propio perro» interrumpí, «es un Doberman Pinscher llamado 'Ajax'.»

Freud sonrió.

«Me alegra» añadí, «que no sepa leer. Ciertamente lo haría un miembro menos deseable del hogar si pudiera aullar su opinión sobre traumas psíquicos y complejos de Edipo!

«Incluso usted, *Professor*, encuentra la existencia demasiado compleja. Sin embargo, me parece que usted mismo es en parte responsable de las complejidades de la civilización moderna. Antes de que usted inventase el psicoanálisis no sabíamos que nuestra personalidad está dominada por una beligerante hueste de complejos altamente objetables. El psicoanálisis ha hecho de la vida un rompecabezas complicado.»

«De ninguna manera», respondió Freud. «El psicoanálisis simplifica la vida. Alcanzamos una nueva síntesis después del análisis. El psicoanálisis reorganiza el laberinto de impulsos dispersos y trata de enrollarlos alrededor del carrete al que pertenecen. O, cambiando la metáfora, proporciona el hilo que saca a un hombre del laberinto de su propio inconsciente.»

«En la superficie, parece, sin embargo, como si la vida humana nunca hubiera sido más compleja. Y cada día alguna idea nueva, propuesta por usted o por sus discípulos, hace más desconcertante y contradictorio el problema de la conducta humana.»

«El psicoanálisis, al menos, nunca cierra la puerta a una nueva verdad.» «Algunos de sus alumnos, más ortodoxos que usted, se aferran a todos los pronunciamientos que han emanado de usted.»

«La vida cambia. El psicoanálisis también cambia», observó Freud. «Estamos sólo al comienzo de una nueva ciencia.»

«Me parece que la estructura científica que usted ha erigido es muy elaborada. Sus dispositivos -la teoría del 'desplazamiento', de la 'sexualidad infantil' y de los 'símbolos oníricos', etc.- parecen ser bastante permanentes. »

«Sin embargo, repito, estamos sólo al principio. Soy apenas un iniciador. Tuve éxito en desenterrar monumentos sepultados en los sustratos de la mente. Pero allí donde descubrí algunos

templos, otros pueden descubrir un continente.»

«¿Sigue poniendo el mayor énfasis en el sexo?»

«Respondo con las palabras de su propio poeta, Walt Whitman: ‘Sin embargo todo faltaría si el sexo faltara[i].’ De todos modos, ya le he explicado que hoy pongo casi igual énfasis en lo que yace ‘más allá’ del placer, -la muerte, la negación de la vida. Este deseo explica por qué algunos hombres aman el dolor -¡como un paso hacia la aniquilación! Explica por qué todos los hombres buscan descanso, por qué los poetas agradecen

A todos los dioses que existen,
Que ninguna vida vive para siempre;
Que los muertos nunca resucitarán;
Que incluso el río más gastado
Ondea hacia algún sitio seguro en el mar.»

«Shaw, al igual que usted, no desea vivir para siempre, pero» remarqué, «a diferencia de usted, considera al sexo poco interesante.»

«Shaw», respondió Freud sonriendo, «no entiende el sexo. No tiene la más remota concepción del amor. No hay una verdadera relación amorosa en ninguna de sus obras. Hace bromas con los amoríos de César -quizás la mayor pasión de la historia. Deliberadamente, por no decir maliciosamente, despoja a Cleopatra de toda grandeza, y la degrada a una insignificante chica a la moda.

«La razón de la extraña actitud de Shaw hacia el amor y para su negación del motor primordial de todos los asuntos humanos, que priva a sus piezas teatrales de un atractivo universal a pesar de su enorme capacidad intelectual, es inherente a su psicología. En uno de sus prefacios, el propio Shaw enfatiza el rasgo ascético de su temperamento.

«Puede que yo haya cometido muchos errores, pero estoy bastante seguro de que no me equivoqué al enfatizar el predominio del instinto sexual. Debido a que el instinto sexual es tan fuerte, choca con mucha frecuencia con las convenciones y salvaguardias de la civilización. La humanidad, actuando en defensa propia, trata de negar su suprema importancia.

«Si se rasca al ruso, dice el proverbio, el tártaro aparece debajo. Analice cualquier emoción humana, no importa cuán lejos que se la pueda apartar de la esfera del sexo, y esté seguro que descubrirá en algún lugar el impulso primordial, al que la vida misma debe su perpetuación.»

«Ciertamente usted ha tenido éxito en imprimir este punto de vista en todos los escritores modernos. El psicoanálisis ha dado nuevas intensidades a la literatura.»

«Él también ha recibido mucho de la literatura y la filosofía.

Nietzsche fue uno de los primeros psicoanalistas. Es sorprendente hasta qué punto su intuición prefigura nuestros descubrimientos. Nadie ha reconocido más profundamente los motivos duales de la conducta humana y la insistencia del principio del placer en el dominio sin fin. Su Zarathustra dice:

El dolor grita: ¡Vete!

Pero el placer anhela la eternidad

Anhela insaciable, profunda eternidad.

«El psicoanálisis puede ser menos discutido en Austria y Alemania que en los Estados Unidos, pero su influencia en la literatura es sin embargo inmensa.

«Thomas Mann y Hugo von Hofmannsthal nos deben mucho. Schnitzler sigue a la par, en gran medida, a mi propio desarrollo. Él expresa poéticamente mucho de lo que yo intento transmitir científicamente. Pero el Dr. Schnitzler no es sólo un poeta, sino también un científico.»

«Usted», respondí yo, «no es sólo un científico, sino también un poeta. La literatura americana», continué diciendo, «está inmersa en el psicoanálisis. Rupert Hughes, Harvey O'Higgins y otros son sus intérpretes. Es casi imposible abrir una nueva novela sin encontrar alguna referencia al psicoanálisis. Entre los dramaturgos, Eugene O'Neill y Sydney Howard están profundamente en deuda con usted. *El cordón de plata*, por ejemplo, es simplemente una dramatización del complejo de Edipo.»

«Lo sé», respondió Freud. «Aprecio el cumplido, pero temo por mi propia popularidad en los Estados Unidos. El interés estadounidense por el psicoanálisis no es muy profundo. La amplia popularización conduce a una aceptación superficial sin investigación seria. La gente simplemente repite las frases que aprende en el teatro o en la prensa. Se imaginan que entienden el psicoanálisis, porque pueden imitar su jerga! Prefiero el estudio más intenso del psicoanálisis en centros europeos.

«América fue el primer país en reconocerme oficialmente. La Universidad de Clark me concedió un título honorífico, cuando todavía estaba en el ostracismo en Europa. Sin embargo, América ha hecho pocas contribuciones originales al estudio del psicoanálisis.

«Los americanos son generalizadores inteligentes, rara vez son pensadores creativos. Además, el trust médico en los Estados Unidos, así como en Austria, intenta adelantarse en ese campo. Dejar el psicoanálisis exclusivamente en manos de los médicos sería fatal para su

desarrollo. Una formación médica es a menudo tanto una desventaja como una ventaja para el psicoanalista. Es una desventaja, si ciertas convenciones científicas aceptadas se incrustan demasiado profundamente en la mente del estudiante.»

¡Freud debe decir la verdad a toda costa! No puede obligarse a adular a América, donde tiene más admiradores. No puede ni siquiera a los setenta hacer una ofrenda de paz a la profesión médica, que incluso ahora lo acepta a regañadientes.

A pesar de su integridad intransigente, Freud es la cortesía en persona. Escucha paciente-mente cada sugerencia, sin intentar nunca intimidar a su entrevistador. ¡Raro es el invitado que deja su presencia sin algún regalo, alguna muestra de hospitalidad!

La oscuridad había caído.

Era hora de tomar el tren de vuelta a la ciudad que una vez albergó el esplendor imperial de los Habsburgo.

Freud, acompañado de su esposa y su hija, subió las escaleras que llevaban desde su retiro en la montaña hasta la calle, para despedirme. Me pareció gris y triste cuando se despidió.

«No me haga parecer un pesimista», dijo después del apretón de manos final. «No desprecio al mundo. ¡Expresar desprecio por el mundo es sólo otro método de cortejarlo para ganar audiencia y aplausos!

«¡No, no soy un pesimista, no mientras tenga a mis hijos, mi esposa y mis flores!

«Las flores,» añadió sonriendo, «afortunadamente no tienen carácter ni complejidad. Me encantan mis flores. Y no soy infeliz, al menos no más infeliz que otros.»

El silbato de mi tren sonó en la noche. Rápidamente el coche me llevó lejos hacia la estación. Lentamente la figura ligeramente doblada y la cabeza gris de Sigmund Freud desaparecieron en la distancia.

Al igual que Edipo, Freud ha mirado demasiado profundo en los ojos de la Esfinge. El monstruo propone su acertijo a cada caminante. Al vagabundo que no conoce la respuesta cruelmente lo atrapa y lo golpea contra las rocas. Sin embargo, puede ser más amable con los que destruye que con los que adivinan su secreto.

[i] Walt Whitman «Una mujer me espera» en *Hojas de hierba*.

Bibliografía :

«Mean Men Explained by Freud»: Entrevista con George Sylvester Viereck ; London Weekly Dispatch, 28 de julio de 1927

Glimpses of the great by George Sylvester Viereck. Publicado en 1930 por la compañía Macaulay, Nueva York cap. 3: «Sigmund Freud confronta a la esfinge»

Th. Reik, C. Staff, B. N. Nelson (ed.), Psicoanálisis y el futuro (1957). Nueva-York, Asociación Nacional de Psicología para el Psicoanálisis, INC.

FUNDACIÓN CENTRO PSICOANALÍTICO ARGENTINO

Coordinación general: Rogelio Fernández Couto

Dirección de Enseñanza: Pablo Villar. Coordinadores: Ignacio Cáceres, Carolina Hirnbruchner, Marta Dos Reis, Alejandro Grossi, Ayelen Guanziroli, María Cecilia Gelpi, Martín Rainero, Victoria Ritosso, Natalia Turco.

SEMINARIO CENTRAL

1983 - 2018



Er-eignis

Martin Heidegger

El camino hacia el *Otro pensar*
2006



**La función poética del lenguaje
para J. Lacan y M. Heidegger**

El camino hacia el *Otro pensar*
2007

**El Geviert para Jacques Lacan
y para Martin Heidegger**

El camino hacia el *Otro pensar*
2008

Das Heilige

El camino hacia el *Otro pensar*
2010

Das Ge-Stell

Capitalismo & ciencia: la segregación
2012

**La Gelassenheit heideggeriana
y el santo**

El camino hacia el *Otro pensar*
2014

Die Gefahr

El camino hacia el *Otro pensar*
2009

Machenschaft und Macht

El camino hacia el *Otro pensar*
2011

Die Gefahr y la religión

Das Ge-Stell y el último dios
2013

El νόστος a lo sagrado

El camino hacia el *Otro pensar*
2015

Sólo un dios puede salvarnos

Ningún dios va a aparecer si no le preparamos el lugar
2016

DER SCHRITT ZURÜCK

El paso atrás hacia el *Otro pensar*

2018

Lugar: ASOCIACIÓN CULTURAL ARMENIA. Armenia 1366 (Entre J. A. Cabrera y Cnel. Niceto Vega)
INFORMES E INSCRIPCIÓN DE 9:00 A 22:00 EN LOS TELÉFONOS: 4822-4690 | 4823-4941 | 4821-2366. E-mail: fcpa@kehre.com.ar